

920  
24



CT144

L3

v.2

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

---

## CROMWELL.

---

L

Ha sido hasta la hora presente sinónimo de astucia, de codicia y sed de mando, de usurpacion, de ferocidad y de tiranía el nombre de Oliver Cromwell, protector de Inglaterra, no debiendo serlo en realidad sino de fanatismo. Porque la historia, que, al modo de la Sibila, revela sus arcanos al tiempo lentamente, no habia explicado hasta los momentos actuales el enigma oscuro y vago del caracter y de los actos del hombre misterioso por excelencia, y de aquí que lo imaginara la generacion gran politico, no siendo sino gran sectario; falta esta en que cayeron historiadores de tanta sagacidad y de tan profunda penetracion como Hume, Lingard, Bossuet y Voltaire, y que ántes debe de atribuirse á la época en que vivieron que no á ellos mismos. Pues como los verdaderos documentos no habian sido exhumados todavia, el retrato de Cromwell que conocieron era el que pintaron sus enemigos, los cuales ultrajaron su memoria del propio modo que la restauracion de Carlos II su cadáver;



que ya fueran católicos ó protestantes, realistas de las dos ramas, whigs ó tories, todos estaban igualmente interesados en desfigurar la imagen verdadera del protector republicano.

Pero las usurpaciones del error son pasajeras, y eterno el imperio de la verdad, cuya luz esclarece ya por completo la figura de Oliver Cromwell, hasta aquí oscurecida y como velada en las sombras de la historia.

## II.

Uno de esos eruditos laboriosos que son á la historia lo que á los monumentos del arte antiguo los arqueólogos activos y sabios, llamado Tomás Carlyle, escritor escocés, en quien se reunia el entusiasmo exaltado y la paciencia pertinaz, mal avenido con los retratos convencionales y apenas bosquejados de Cromwell que hasta entónces habian hecho los historiadores, determinó de no dar tregua ni descanso á su actividad hasta descubrir y restablecer la imagen del verdadero personaje tal cual habia sido en realidad. La muchedumbre de contradicciones en que así los historiadores nacionales como los extranjeros incurrian al trazar el retrato de Cromwell, dando por resultado el tipo de un tirano fantástico, hipócrita de melodrama, igualmente absurdo en ambos casos, persuadieron á Carlyle de que, bajo la figura inverosímil y contradictoria consigo misma que producian, y cuyos hechos no podian ser resultado natural, consecuencia lógica de los móviles supuestos en él, debia de hallarse latente otro individuo, el verdadero Cromwell, de todo punto diverso del Cromwell imaginario. Y de-

jándose llevar del instinto de la lógica y de la verdad, inspirador y guía de los mayores descubrimientos literarios, ganoso de lanzarse presto y sólo á su empresa, y animado tambien del espíritu de secta, comenzó á exhumar y compulsar todas las correspondencias que atesoraban los archivos públicos y privados, y en las cuales, sin pensarlo, se autobiografió Cromwell completamente, cual si lo hiciera para la posteridad, comprendiendo su vida entera, lo mismo la privada que la pública, la oscura y de familia que la política y la militar. Cuando hubo reunido Carlyle estos inestimables tesoros de verdad y de revelacion, se recogió durante algunos años á una solitaria casa de campo, contrayéndose al estudio y desarrollo de su trabajo, hasta que despues de haber acumulado, clasificado, analizado, comentado y reproducido las extensas cartas de su héroe, y de haber extraído de ellas como de una tumba sellada el espíritu del hombre y de su siglo, lo puso todo delante de los ojos de la Europa, diciendo con más razon que Juan Jacobo Rousseau: «Tomad, y leed; hé aqui el verdadero Cromwell!» A nuestra vez vamos á intentar escribir la vida del dictador, asentando por base los nuevos é incontestables documentos aducidos por Carlyle.

## III.

Cromwell, á quien la mayor parte de los historiadores, haciendo coro á los libelistas de su época, suponen hijo de un cortador de carne ó de un cervicero, era oriundo de familia noble, ilustrada con los primeros títulos de Inglaterra; como que un hermano de su tatarabuelo fué Tomás, creado conde



de Essex por el rey Enrique VIII, y que, despues de haber sido de los más afanosos y entusiastas usurpadores de los bienes de la Iglesia romana y de los monasterios al establecimiento del protestantismo, á consecuencia de una veleidosa ferocidad de aquel tirano, murió en cadalso.

Shakspeare puso proféticamente á este Tomás Cromwell en la escena en una de sus tragedias, haciendo que le digera el cardenal Wolsey, camino del suplicio á que condenó al prelado la inconstancia de Enrique VIII: «¡Cromwell! ¡Cromwell! ¡ten cuenta con la ambicion! si yo hubiera puesto al servicio de Dios la mitad del cielo que puse al de mi Rey, no me hallaria en este trance, abatido y ensangrentado en poder de mis enemigos!»

## IV.

Este mismo Cromwell, conde de Essex, cuando fué primer ministro de Enrique VIII, empleó á uno de sus sobrinos llamado Ricardo en la persecucion de los católicos, y lo enriqueció con los despojos y robos de las iglesias y de los conventos. Ricardo fué bisabuelo del protector Oliver Cromwell.

Su abuelo, conocido en su provincia bajo el nombre del *Caballero dorado*, aludiendo á las riquezas de que su familia se apoderó la época del saqueo de los bienes de la Iglesia, se llamaba Enrique Cromwell, y residia en el condado de Lincoln, en la granja de Hinschinbrook, otro tiempo Monasterio de religiosas, trasformado por Cromwell en morada señorial. Su hijo mayor casó con una jóven de la familia de Estuardo, establecida en la comarca y llamada Isabel, la cual fué tia de Oliver Cromwell,

matador de Carlos I, y por tal manera parecia el destino complacerse mezclando en las mismas venas la sangre de la victima y la del verdugo.

## V.

Al pasar por el condado de Lincoln el rey Jacobo I de Escocia cuando fué á posesionarse del trono de Inglaterra, se alojó en la residencia de los Cromwell á causa de su deudo con Isabel Estuardo, tia del futuro protector. El cual, por haber nacido en 1599, tenía cuatro años á la sazón, y pudo recordar más adelante, siendo huésped del palacio de los Estuardos en White-Hall, haber visto en su hogar y en su mesa, obsequiado de los suyos, al principe augusto cuyo hijo sería destronado y decapitado por él.

No conservó mucho tiempo la riqueza y el bienestar la familia de Cromwell, porque Ricardo, el primogénito, malvendió la residencia señorial de Hinschinbrook y se trasladó á una granja que poseia en las lagunas de Huntingdon, mientras su hermano menor, Roberto, padre del futuro soberano de Inglaterra, educaba pobremente su numerosa familia en otra finca vecina, situada orillas del Ouse, comarca miserable, triste y pantanosa, con el cielo nebuloso siempre, la vegetacion raquitica, desierta casi de habitantes, y salvajes casi, en fuerza de ser toscos y agrestes, los pocos que poblaban las ruines cabañas que alcanzaba la vista esparcidas en distintas direcciones. En este lugar, que más parecia formado para reconcentrar y entristecer el carácter de sus moradores, creció y se desarrolló Cromwell; y como los horizontes y paisajes que per-



cibimos se reflejan, por decirlo así, en nuestras almas, de ahí que los grandes fanáticos hayan salido generalmente de comarcas ingratas y tristes: Mahoma, de los abrasados arenales de Arabia; Lutero, de las heladas montañas de la baja Alemania; Calvino, de las monótonas é inanimadas llanuras de la Picardia; Cromwell, de los pantanos del Ouse: que así es el hombre como el lugar que habita, y el alma espejo antes de ser foco luminoso.

## VI.

Oliver Cromwell, cuya biografía nos proponemos escribir, era el quinto hijo de Roberto, que murió joven aún. Cursó en la Universidad de Cambridge, ciudad vecina de su casa, y en la cual hizo sus estudios liberales, restituyéndose al lado de su familia cuando frisaba en los diez y ocho años, con motivo del fallecimiento de su padre, para servir de apoyo á su madre y á sus seis hermanas, á quienes amó tiernamente, gobernando con prematuro buen juicio la casa y hacienda paterna. A los veintiuno tomó por mujer á Isabel Bourchier, joven y hermosa doncella, de no escaso caudal para una provincia, y cuyos retratos revelan bajo el casto y tranquilo aspecto de las hijas del Norte, un alma contemplativa y penetrada de piedad y entusiasmo, siendo este amor el primero y único de Oliver Cromwell.

El cual se estableció con su joven esposa en la casa paterna, en compañía de su madre y hermanas, viviendo allí diez años en las delicias de íntima y amorosa unión, atendiendo al cuidado de su hacienda, no nada pingüe, á las ocupaciones rura-

les propias del labrador, y á los pensamientos religiosos de reforma que agitaban entónces hasta producir arrebatos de locura la Escocia, la Inglaterra y la Europa.

Su familia, sus amigos, sus vecinos y los de la comarca en que vivía, todos eran fanáticos partidarios de la nueva causa del protestantismo y del puritanismo, cuya legalidad ponían en duda los restos de la Iglesia vencida, prontos á revivir aún en Inglaterra; y como Hampden, el famoso patriota que debía tomar la iniciativa de la revolución, negándose legalmente á pagar un impuesto de veinte schellines á la Corona, era primo del joven Cromwell y puritano como él, esta tribu, por decirlo así, revolucionaria en religión y en política, debía de animarse y exaltarse mutuamente, comunicándose sus pensamientos en la soledad concentrada en que vivía. Y, en efecto, así fué, subiendo tanto de punto la pasión religiosa, propia de aquella época, y sublimándose de tal modo en la naturaleza tétrica y ardiente del joven Cromwell, que á las veces hasta su inteligencia se resentía por efecto de ella, y temía condenarse, y no ser todo lo escrupuloso y devoto que debiera, tolerando, v.g., ciertos símbolos católicos, entre otros la cruz en el remate de los edificios y los ornamentos religiosos que dejaba subsistir aún en la iglesia de Huntingdon el reciente protestantismo. Sentíase amenazado á cada hora de la muerte, y lo espantaba la idea de los juicios inescrutables de Dios, de tal manera que Warwick, contemporáneo suyo, refiere que cuando lo sobreogía un acceso de melancolía mística enviaba buscar sin más tardanza, fuera ó no de noche, al médico del pueblo vecino, y departía con él acerca de sus escrúpulos y terrores religiosos.



Asistía siempre á las pláticas y sermones de los ministros puritanos ambulantes que acertaban á pasar por Huntingdon y aprovechaban su estancia en la poblacion enardeciendo las pasiones y los odios; buscaba la soledad, meditaba mucho en órden á los textos sagrados orillas del rio que pasaba por su hacienda; y como la enfermedad característica de la época, la interpretacion de la Biblia, que habia invadido todas las imaginaciones piadosas de aquel tiempo, labraba la suya de una manera dolorosa, ponía el mayor cuidado en sus propias inspiraciones acerca del alcance religioso y político de los textos sagrados, y aceptaba, de igual modo que sus correigionarios en puritanismo, esta manera singularísima de revelacion individual y perpétua tratándose de la inteligencia del libro infalible y divino, cuyo sentido empero no tenía facultades ni autoridad para explicar sino el mismo espíritu de Dios obrando en cada persona separadamente. Así, pues, el puritanismo de Cromwell consistía en la obediencia ciega y absoluta en todo á las Santas Escrituras, y en la libertad más completa tratándose de su interpretacion; dogma contradictorio ciertamente, pero seductor, porque si de una parte impone la obligacion de creer en la divinidad de un libro, de otra deja en libertad la imaginacion de cada uno para definir el sentido del libro impuesto.

## VII.

Y como de la fe incondicional en las propias internas y constantes inspiraciones del sectario á las alucinaciones y al don profético de cada uno sólo habia un paso, los puritanos fervorosos y Cromwell

mismo eran con insistencia extraordinaria y simultáneamente inspiradores é inspirados, profetas y seides todo junto. Una religion tal, que tenía tantos pontífices como adeptos, y tantas definiciones como pontífices, habia de ser por necesidad la religion de las imaginaciones calenturientas, y el fanatismo la medida de su devocion. Así sucedia, en efecto, y Cromwell, uno de sus mayores parciales, verdadero tipo del puritano, pasaba la vida embriagándose con estas imaginaciones, concentradas en la soledad y exaltadas dentro de sí por efecto de su juventud y de la energía y del aislamiento de sus ideas.

Ni podia tampoco ser de otra manera, supuesto su fanatismo religioso y el género de vida que hacia, sin más distracciones que las del hogar, la lectura de la Biblia, el cultivo de su hacienda y la multiplicacion y venta de sus ganados. El mismo iba, como hacen los labradores entendidos, á comprar de feria en feria los rebaños para cebarlos en sus prados y revenderlos despues, y sin duda porque su comercio tomara más incremento vendió en dos mil guineas parte de la herencia paterna, y adquirió con ellas una finca muy abundante en agua y renombrada por la excelencia de sus pastos, cerca del lugar de Saint-Ives, á pocas millas de Huntingdon, estableciéndose con su familia, numerosa ya, en la granja llamada *Sleep-Hall*, que vale del Sueño en nuestra lengua, rodeada de sauces y asentada orillas de las tierras en que apacentaba sus ganados. Tenía entónces treinta y seis años; y repasando su correspondencia de aquella época no hallamos en toda ella sino repetidos testimonios de afecto á los suyos, de su felicidad doméstica, de las satisfacciones que le proporcionaban sus hijos, de sus quehaceres campestres y de la solicitud de



su alma en bien de los misioneros puritanos, cuyas predicaciones propagaba, y cuyo celo y proselitismo excitaba caritativamente por medio de colectas entre sus convecinos. Pero la vida ejemplar que hacía, la inmejorable administración de su casa, su fama de agrónomo peritísimo, su intervención inteligente y asidua en los asuntos generales de la provincia, concluyeron por conquistarle la popularidad local necesaria y la estimación y confianza del pueblo de tal modo que todos sus convecinos se concertaron para designarlo por su procurador para representar y defender de la manera debida los intereses de la comarca tan quebrantados, y las opiniones que ya prevalecían en los consejos deliberantes de la patria. Cromwell, que conocía mejor que otro alguno su falta de aptitudes parlamentarias, y cuyas ambiciones no habían salido de las lindes de su hacienda, no solicitó los sufragios de los electores de Huntingdon y de Saint-Ives; pero los intereses de la religión, que constituían su política, pesaron más en su ánimo que toda otra consideración contraria, y se creyó en el deber sagrado de aceptarlos, siendo elegido el 17 de Marzo de 1627 representante de su provincia en la Cámara baja, y comenzando su vida pública precisamente con las tempestades parlamentarias de la Gran Bretaña que debían dar por resultado el naufragio de la monarquía, la muerte del rey legítimo en cadalso y el encumbramiento de un rústico labriego al ejercicio de mayor autoridad que la destruida por el estrago de la revolución.

Para comprender mejor á Cromwell y darse cuenta más exacta del destino que le reservaba la suerte, conviene que nos fijemos un espacio en el estado de Inglaterra el momento histórico aquel en

que hizo su entrada en la escena política, desconocido y silencioso, el futuro protector de su patria.

## VIII.

El Calígula británico, á quien llama la historia Enrique VIII, cambió la religión de su reino en un acceso de cólera contra Roma, realizando el acto más arbitrario y desaforado de soberanía que haya podido ejecutar la voluntad de un hombre sobre un pueblo, al imponer su capricho por ley de la conciencia de sus vasallos y someter sus almas á la potestad civil de la realeza. Repudiado el añoso catolicismo por el príncipe, fué puesto á la vergüenza y arrojados sus despojos á la codicia de los grandes y del pueblo, desplomándose y dispersándose con sus dogmas, entónces, jerarquía, clero, frailes, monasterios, propiedades, feudos, templos y riquezas, y tornándose la fe católica crimen de Estado, y su sólo nombre piedra de escándalo y sentencia de sus fieles; que fué tan rápida y terrible la apostasía nacional como los efectos del rayo, desapareciendo instantáneamente la nación católica bajo la nación anglicana. Empero Enrique VIII y sus consejeros se propusieron conservar de la religión antigua del Estado cuanto tenía de favorable al príncipe, de útil al clero y de grandioso á los ojos del pueblo, es decir, el principio de autoridad personificado en el Monarca, el cual, á virtud de su doble soberanía espiritual y temporal, lo impondría más fácilmente á las almas y á los cuerpos; la jerarquía, los honores y riquezas para la conveniencia de los obispos, y, por último, la liturgia y el esplendor de las ceremonias al pueblo. Por lo demás, Inglaterra cons-



lituyó su propia Iglesia en un terreno político equidistante de Roma y de Lutero; rebelde al catolicismo que imitaba combatiéndolo, y sometida en realidad a Lutero, á quien impugnaba y restringía, teniendo con su secta grande semejanza, sin embargo; establecimiento civil ántes que religioso, que daba más cuerpo que alma y más apariencias que realidad á la devoción oficial del pueblo.

El cual, no obstante, orgulloso de haber sacudido el yugo de Roma, y en odio á la supremacía de la Iglesia derrocada que dominó y poseyó tanto tiempo las islas Británicas, y al *papismo*, palabra que resumía en su concepto las supersticiones y servidumbres todas impuestas por el extranjero, se afilió fácil y prontamente á la nueva secta, viendo en ella el símbolo de su independencia, el *palladium* necesario contra Roma y la prenda preciada de su nacionalidad. De aquí que los soberanos sucesores del rey Enrique VIII, cualesquiera que fuesen sus creencias personales, tuvieran obligación precisa de proteger y amparar el culto anglicano, pues la declaración de fe católica hubiera equivalido para ellos á suscribir la renuncia del trono, toda vez que la nación no habría fiado la guarda de su independencia civil á príncipes sometidos al poder espiritual de Roma.

### IX.

Habia, sin embargo, penetrado la libertad naturalmente con la revolución en las conciencias, y después de haberse revelado á la voz de su príncipe contra la venerable y tradicional autoridad de la Iglesia romana hubiera sido necio y absurdo imagi-

nar que la conciencia nacional se sometiera sin oposición á la unidad de las nuevas instituciones. Porque como los fundamentos del protestantismo se habían echado á la vista de todos, amasados con el cieno y la sangre de la tiranía, y los vicios y crímenes del rey Enrique se hallaban frescos y vivos en la memoria de los ingleses, nadie atribuía origen divino á la nueva Iglesia, y por tanto cada conciencia quiso gozar de la plenitud de su libertad, surgiendo entónces las sectas del seno de la perturbación religiosa tan innumerables cual pueden serlo ciertamente las ideas del hombre abandonado á su propia razón y tan fervorosas cual las novedades místicas, que su catálogo excedería de los límites que nos hemos trazado al escribir la biografía de Cromwell. Pero la más numerosa de todas ellas era la de los puritanos, especie de jansenistas de la Reforma, secta lógica y extrema del protestantismo, formada de los radicales y republicanos de la Reforma. Los cuales, una vez entrados en la región de las creencias libres é individuales, no hallaban razón ninguna que los persuadiese á transigir con lo que llamaban supersticiones, idolatrías, abominaciones, símbolos y ceremonias de la Iglesia romana. Para ellos nada tenía perfecta y absoluta autoridad sino la Biblia, en cuyos textos la reconocían únicamente; pero así y todo, sólo recibían su explicación y aplicación de lo que llamaban el *espíritu*, es decir, la inspiración arbitraria que surgía en su propio pensamiento para elevarse al entendimiento. Y como llevaban al oráculo dentro de sí mismos, lo consultaban continuamente, y para evocarle con más eficacia se reunían en asambleas piadosas, formando cenáculos é iglesias, en las cuales cada fiel tomaba la palabra cuando sentía el estre-



mecimiento sagrado, y entónces las mayores naderías y las más extrañas divagaciones del orador se reputaban por discursos y sentencias de Dios mismo.

Así era la secta que desde la época del rey Enrique VIII luchaba contra la Iglesia anglicana dominante y los restos del catolicismo proscripto.

## X.

Tres reinados consecutivos habian agitado las disensiones del culto: el de María, hija católica de Enrique VIII, que favoreció la vuelta de sus vasallos á su propia fe, y á quien aborrecian los puritanos, calificándola de Jezabel *papista*; el de la gran Isabel, hija tambien del mismo rey, pero protestante y nacida de otra madre, que persiguió á los católicos, inmoló á María Estuardo y prescribió penas pecuniarias y corporales, la de muerte inclusive, contra los súbditos de su imperio que no hicieran, á lo ménos una vez cada seis meses, demostracion ostensible de protestantismo; y el de Jacobo I, hijo de María Estuardo, pero educado en la Iglesia protestante por los puritanos escoceses; príncipe que ocupó el trono de Inglaterra por caducidad de la casa de Tudor á la muerte de Isabel; monarca filósofo, tolerante y benigno, que quiso condescender con los dos cultos y contemplarlos y hacer vivir en paz bajo sus leyes las sectas rivales y exaltadas con la forzosa tregua en que vivian.

## XI.

Cárlos I, su hijo, que le sucedió á los veintiseis años, estaba dotado por la naturaleza, el carácter y la educacion de cuantos dones son necesarios y propios al gobierno de las naciones poderosas é ilustradas en tiempos ordinarios, pues era de rostro hermoso, de corazon bizarro, leal, elocuente, honrado y firme, ganoso del amor de su pueblo y de su gloria, incapaz de atentar á las leyes y libertades de la Constitucion, y celoso únicamente de conservar á sus sucesores por deber de conciencia, íntegra y sin menoscabo alguno, la mal definida parte de autoridad que atribuye á sus reyes la Constitucion ántes práctica que no escrita de Inglaterra.

Al ocupar el trono Cárlos I halló en el puesto de primer ministro, y lo mantuvo en él por respeto á la memoria de su padre, al duque de Buckingham, su indigno privado; el cual no tenia otros títulos para el ejercicio de su cargo que la hermosura, el porte, los modales, la insolencia y el orgullo, siendo en todo ejemplo vivo de lo que pueden hacer los caprichos de los príncipes débiles, ya que no logren ser eficaces á improvisar verdaderos hombres de Estado. Más propio para ser amante de damas linajudas que ministro, despues de haber pagado con negra ingratitud los extraordinarios favores y mercedes del padre, y de intrigar en contra suya en el Parlamento, aunque no á cara descubierta, se proponia el de Buckingham seguir reinando en nombre del hijo por costumbre. Pero, si la modestia de Cárlos le dejó algunos años todavía embrollar los negocios del Estado y agitar la Inglaterra en la me-



dida de su capricho, y avanzar y retroceder, según quiso, al Monarca, en sus relaciones con el Parlamento, más de lo que consienten el derecho y la tradición á estos poderes, engendrando por tal manera el espíritu de resistencia y de invasión parlamentaria en daño del espíritu de iniciativa y de prepotencia de la Corona, que (á Buckingham ya que le faltara el genio y el carácter del cardenal Richelieu pretendia remedar su absolutismo;) el puñal de un fanático vengativo (1) lo libertó al fin en Plymouth de tan peligrosa tutela.

Desde aquel día quiso el Rey, como Luis XIV de Francia, gobernar por sí mismo sin primer ministro; pero como el infortunado Carlos I no habia tenido por precursores de su reinado ni un Richelieu para vencer las resistencias y abatirlas, ni un Mazarino para corromperlas, y como, además, la Francia en los momentos en que Luis ocupaba el trono habia cerrado el período de sus agitaciones y guerras civiles, mientras que Inglaterra lo iniciaba, no es lícito, pensando razonablemente, atribuir á inferioridad personal de Carlos la serie innumerable de disturbios, desgracias y guerras que agitaron y abrumaron á su patria, porque ántes fueron producidos estos males y daños por los errores de una época de perturbaciones que no por los del Monarca.

(1) Felton, á quien habia injustamente destituido de su empleo en el ejército.

## XII.

Bastaron pocos años de lucha entre Carlos I y su Parlamento, envenenada de las facciones religiosas aún más que de las facciones políticas, para producir en Inglaterra, Escocia é Irlanda esa fermentación que precede generalmente á las guerras civiles y á las grandes catástrofes en los Estados. Disuelto el Parlamento varias veces á causa de su espíritu rebelde, y otras tantas convocado á causa de la necesidad de subsidios, se convirtió en centro activo y popular de todos los partidos de oposición al Monarca; y como toda la Inglaterra se puso de parte de sus oradores, apareció el Rey como enemigo común de las sectas religiosas y libertades patrióticas, al propio tiempo que de cuantos intentaban conquistar sobre la régia prerogativa el más pequeño jirón de su púrpura. Carlos la defendió enérgicamente, aunque sin éxito, por algún tiempo, ya con un Ministerio, ya con otro; pero el espíritu de resistencia y de contradicción estaba tan generalizado en todas las clases sociales, que no bien se constituía un nuevo Consejo de S. M., se hacia sospechoso, quedando por tanto impotente para el bien y sin crédito en la opinion pública.

## XIII.

Un ministro, sin embargo, más hábil y más atrevido que sus predecesores, llamado Tomás Wentworth, conde de Strafford, cuya elocuencia le conquistó en la oposición merecida fama, designándolo



al propio tiempo al Rey, le consagró por completo su popularidad y su talento.

Y como pareciera el trono vacilante asegurarse un momento con la elocuencia, sabiduría y firme intrepidez de Strafford, el Parlamento acusó al ministro. El Rey, que lo amaba por extremo, no pudo defenderlo, y al cabo de largo cautiverio, amenazado Strafford de la pena capital, más por sus servicios al Monarca que por sus crímenes imaginarios á la patria, compareció ante una comision de jueces escogidos por la Cámara entre sus mayores enemigos. Todo cuanto pudo Carlos obtener en aquella circunstancia fué la gracia de asistir al proceso de su ministro desde una tribuna cerrada con celosías, recibiendo en el corazon los golpes que la enemiga del Parlamento asestó entónces á su consejero. Nunca tampoco se armonizó mejor la palabra de un reo con la majestad de la inocencia que lo estuvo en el último discurso pronunciado por Wentworth ante sus enemigos y el Rey por quien padecía; como que Aténas y Roma no registran en sus anales nada más trágico, más patético, ni más elocuente.

## XIV.

«No hallando en mi conducta, dijo Strafford á sus jueces, hecho alguno al que pudieran aplicar la palabra y el castigo reservado á los traidores, en defecto de ley se inventa no sé qué manera de evidencia *constructiva* y *acumulatoria*, en cuya virtud cada uno de nuestros actos, inocente ó laudable en sí, es eficaz á producir una traicion colectiva. Pero ¿en dónde, señores, en cuál de nuestras antiguas venerandas leyes se ha ocultado por tan largo es-

pacio esta naturaleza invisible é impalpable del crimen? Más valiera ciertamente vivir sin leyes que no imaginar siquiera que las hay, para concluir luégo en que no existen otras sino aquellas que forjan en la medida de sus pasiones el odio y el capricho de nuestros acusadores. Pues, si navegando por las aguas del Támesis chocara mi buque con un ancla, siempre que no hubiera boya que la indicara, todos tendrian esta falta en cuenta para mi abono; mas si el escollo está convenientemente indicado, mi naufragio sólo á mi torpeza ó á mi temeridad podrá ser atribuido... Pero en el caso presente, ¿cuánta es la señal que indicara el peligro? ¿De qué modo pude advertir que delinquia? De ninguno. El escollo permanecia oculto bajo la tersa superficie, sin que ninguna señal me lo indicara; siendo por tanto cual si no fueran toda la pericia y toda la prudencia humanas para preservarme de la catástrofe que me amenaza.

»Va para dos siglos y medio què han sido definidas y clasificadas todas las maneras de traicion, y durante tan largo periodo de años soy el primero, el único, para quien se haya hecho tan extensa la definicion de este delito, cual si se quisiera envolverme y aprisionarme dentro de las sutiles mallas de una red misteriosa. ¡Milores! felizmente para nosotros, hemos vivido en el seno de la patria, y gloriosamente para el mundo fuera de ella. Bémonos por satisfechos con aquello que nuestros padres nos dejaron, y que no sea la ambicion estímulo que nos lleve á desear mayor sutileza que la suya en el arte pérfido y cruel de acriminar la inocencia! Muestra evidente de prudencia y sabiduría dareis, milores, proveyendo á vuestra propia seguridad, á la de vuestros descendientes y á la del reino todo, si



arrojais al fuego esos misteriosos y sanguinarios repertorios de traiciones *constructivas*, como hicieron los primeros cristianos con los libros peligrosos, para no atender sino á la letra de la ley vigente, que os dice de una manera clara y precisa qué cosa es crimen, dónde se halla y por qué signos se conoce; que sólo así, señores, absteniéndoo del crimen, no incurriréis en su penalidad...

»¡Guardaos bien, milores, de sacar de su letargo á esos leones que ahora duermen para concitarlos en daño de todos!... Porque á todas mis amarguras y dolores presentes que me abruma y destruyen con su peso y muchedumbre, añadiríais entónce una mayor aflicción: la de que mis culpas como pecador, ya que no mi traición como ministro, hubieran servido de pretexto á introducir tan triste precedente como el que intentais, atentatorio y funesto á las leyes y libertades de la patria!...

»Y, dicho esto, callo, milores, que harto he abusado de vuestra benevolencia; exceso—añadió, poniendo los ojos en sus hijos, tiernos niños que asistian de luto, medrosos y acongojados al proceso de su padre, llevando impreso en sus rostros infantiles el ánsia de indefinido peligro, el presentimiento de innominada desgracia y la súplica elocuente, humilde, conmovedora, irresistible de las lágrimas arancadas á su inocencia por angustia prematura—que no habria cometido ciertamente, á no ser en bien de estas prendas queridas de mi alma, que su santa madre me dejó al subir al cielo, fiándome su amparo en la tierra y su custodia...»

Al pronunciar las palabras trascritas, Strafford se interrumpió visiblemente impresionado. Cuando se hubo repuesto, prosiguió diciendo.

«Nada es y nada vale para mí lo que pueda per-

der; pero confieso que si la extensión que por la necesidad de la defensa he dado á mi discurso, lo propio que la omisión ó silencio de algo que á ella conviniera, fuesen funestas á mis ya huérfanos hijos, la herida que con esto se abriría en mi corazón sería terrible. Perdonad, señores, mi flaqueza... pues teniendo aún algo que añadir lo callo, por imposibilidad física de hablar más.

»Y ahora, milores, que, merced á la Divina Providencia, comprendo y veo claramente cuánto es vana y efímera la vida y sus grandezas comparada con la eternidad, me someto humilde, completa y tranquilamente á vuestro fallo, pues ya me sea favorable ó adverso, ya me dejéis la vida ó me condeneis á muerte, descansaré siempre penetrado de gratitud y confianza en el seno del Soberano autor de mi existencia... *¡Te Deum laudamus!*»

## XV.

Así habló Strafford; mas en vano; que tanta elocuencia y virtud no hallaron eco en sus oyentes, y fué condenado á muerte.

Empero la sentencia no podia ejecutarse sin estar sancionada por el Rey. Y como suscribir á ella era para Carlos renegar de sus convicciones y de la gratitud, del afecto y de la dignidad, y negarse valia tanto como arrojar su guante al Parlamento y al pueblo, y atraer sobre la Corona las iras y los odios que la muerte del ministro alejaria, sin saber qué partido tomar, intentó mientras cuantos medios dilatorios son imaginables para librarse de la vergüenza ó del peligro, llegando al extremo de presentarse ántes como pretendiente que como Rey al



Parlamento, y de suplicar á los jueces que alejaran de él las amarguras de aquel suplicio. Movido sin embargo de la Reina, no nada benévola nunca con Strafford, y en cuyo corazon de fina consorte y amorosa madre no habia dudar entre la muerte de su esposo y la de un ministro, Carlos manifestó al Parlamento que si bien su conciencia y su dignidad le impedian reconocer culpado del crimen de lesa nacion á Strafford y sancionar con su muerte una calumnia inicua, como no lo estimaba inocente de ciertas irregularidades y fraudes cometidos en perjuicio del Tesoro público, si circunscribia el fallo al crimen de dilapidacion, le ratificaria, por estimarlo, en conciencia, de justicia.

## XVI.

En tanto que permanecia el Parlamento inflexible, y lloraba la Reina sin consuelo, y fermentaba la nacion, Carlos, aunque ya predispuesto á ceder, vacilaba todavia. Entónces Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV, princesa de singular hermosura, muy querida del Rey, que ántes parecia su galan enamorado que no su dueño, se presentó al amante compañero vestida en traje de duelo, rodeada de sus tiernos hijos, y puesta de rodillas en su presencia, le rogó atribulada y con grandes súplicas que abandonase al pueblo la victima que pedia, y que no estaba en sus manos arrancarle sin atraer sobre aquellas prendas tan amadas de su corazon la muerte que intentaba en vano apartar del condenado.

«Escoged, le dijo, entre vuestra vida, la mia y la de nuestros hijos inocentes, y la del hombre que se ha hecho tan odioso al pueblo.»

Carlos se horrorizó con la idea de sacrificar su esposa idolatrada y sus tiernos hijos, única esperanza de la monarquía, y le contestó que si no peligrase otra vida que la suya propia, sin vacilar la ofrecería en cambio de la del conde, á quien seguia creyendo exento de culpa; pero que la idea solamente de perder á su esposa é hijos se sobreponia en su ánimo á todo, incluso al deber. No obstante, aplazó la sancion de la sentencia.

## XVII.

Cediendo entónces verosmilmente Wentworth al secreto ruego de la Reina, escribió á su desgraciado señor y rey una carta para desligarlo de toda obligacion con él y aliviar su conciencia del remordimiento de su muerte, diciéndole: «Señor, no vacile más V. M. en sacrificarme á la malicia de los tiempos y á la pasion de los que ansian ver mi sangre derramada en el cadalso, pues dando por este papel mi consentimiento voluntario á la sancion de mi sentencia que se os pide, quedais ante Dios libre y exento de toda culpa. Ni tampoco en la tierra se comete injusticia ratificando una sentencia, no sólo consentida, sino pedida por quien ha de sufrirla. Y, pues, la gracia del Señor Todopoderoso me ayuda en este instante de tal modo que á cuantos han intervenido en mi proceso los perdono con tranquilidad y resignacion tan grandes y espontáneas (u) deleitan mi alma, llenándola de inefable placer y disponiéndola mejor á partirse de este mundo, bien puedo, señor, renunciar á la vida terrenal en el punto en que me hallo, con libertad y contenta-



miento, y ofrecerla en pago á V. M. de las mercedes que me ha dispensado estando á su servicio»

## XVIII.

Esta carta, esfuerzo sublime de la virtud triunfante de la materia, y escrita para quitar á sus propios verdugos el remordimiento de haberlo sacrificado, dispó los últimos escrúpulos del Rey, el cual, creyendo que alcanzaba la eficacia del consentimiento de la víctima para perdonar el crimen cometido con ella, y que Dios absolvería lo que remitía el sacrificado, aceptó la vida de Strafford que le ofrecían en cambio de la de sus hijos, de su mujer, de la suya, tal vez, y de la salud de la monarquía. La pasión por su mujer y sus hijos, y la esperanza de conjurar la guerra civil, de traer á mejor acuerdo el Parlamento, empeñando su gratitud con la grandeza del sacrificio que le hacía, lo cegaron. Empero, en su deseo de velar hasta cierto punto la negra ingratitud y la horrible cobardía que iba en aquel momento á poner de manifiesto á los ojos de todos, creyó lo más ocasionado no ser él mismo quien la cometiera directamente, y buscó intermediarios que lo separasen del crimen, nombrando una comisión de tres individuos de su consejo, en quienes delegó la facultad de sancionar en su nombre la sentencia del Parlamento contra Strafford. Dicho se está que ratificaron la sentencia los comisarios. Hecho esto, Carlos se cerró en su cámara, para gemir como débil mujer lo que no supo amparar como animoso y leal caballero, no queriendo ver la luz del día triste y aciago que alumbrara el

suplicio de su servidor inocente, creyendo acaso que si lo pasaba en las tinieblas, orando por el alma del ajusticiado, vertiendo copioso llanto, y olvidado de todos y olvidando, no le sería contado en el cielo ni en la tierra; quimérica idea, en verdad, porque aquella luz que no acertó él á ver inundó los horizontes para dar testimonio á Dios y á la historia de la cruenta iniquidad del Rey, de la pusilánime traición del amigo y de la sublime grandeza de la víctima.

## XIX.

—«Pequé,—decía el Rey, escribiendo á su mujer algunos años despues, y acusándose de haber cedido á firmar movido de su ternura de padre y de esposo;—pequé,—añadía,—contra mi conciencia, y ella me advirtió, sobrecogiéndome el corazón cuando suscribía tan baja y criminal flaqueza.

—Dios quiera,—exclamó el prelado consejero eclesiástico suyo, viéndole arrojar la pluma despues de firmar el nombramiento de los comisarios;—¡Dios quiera que V. M. no sienta nunca el estrago que ha de hacer en su conciencia esa rúbrica!

—Strafford es más feliz que yo,—contestó el príncipe, poniéndose las manos delante de los ojos;—¡decidle que si no se tratara del reino, habría ofrecido mi vida por la suya!»

El enemigo personal y encarnizado de Strafford, el feroz Pym, aquel demagogo inglés que profería en el Parlamento fingidas amenazas, y alimentaba los bárbaros instintos del populacho arrojando á su voracidad víctimas inocentes, cosas ambas que contribuían al acrecentamiento de su fama, se felicitaba



en alta voz, como de la más señalada victoria, de la cobardía de Carlos; infamia tan insigne que nunca pudo esperarla más conducente á sus fines políticos.

—«El Rey,—decía,—nos dá la cabeza de Strafford! ¡Está visto que ya no es capaz de negarnos ni áun la suya que le pidamos!»

## XX.

Todavía esperaba Carlos que, satisfecha la Cámara de los Comunes con la humillación impuesta y aceptada por él y su respeto al fallo pronunciado por sus individuos, no exigiria la efusion de sangre, y que conmutaria la pena de su amigo. Pero no conocia el Rey á los partidos, más implacables que los mayores tiranos, pues no tienen corazon sino pasiones, y que como los sistemas carecen de sensibilidad, sus secuaces votan unánimes, temiendo los unos de los otros, aquello mismo que, separados y aisladamente, repugnarían pensar siquiera, por que agrupados, formando colectividad, dejan de ser hombres para constituir un elemento. Para conmover, pues, al elemento tan poderoso de la Cámara de los Comunes empleó Carlos el medio que más podia lisonjear el orgullo y excitar la sensibilidad de los tribunales del pueblo, escribiéndoles una carta patética en la cual iban por iguales partes lágrimas y palabras, y enviándosela, para imprimirle carácter irresistible, por medio del príncipe de Gales, su hijo, niño aún, en quien la edad, la inocencia y la hermosura conspiraban de consuno para que nada negasen los súbditos requeridos en

aquella forma por el más ilustre y sin ventura de los pretendientes.

Abria el Rey de par en par su alma en esta carta á los representantes del pueblo; mostrábalas las heridas de su corazon; declaraba las angustias que hubo de sufrir ántes de inmolar su honor de soberano y sus afectos de amigo á la voluntad de sus vasallos; exaltaba la grandeza del sacrificio hecho al Parlamento, y concluía pidiendo en pago de tanta muestra de abnegacion de su parte, que no fuera Strafford al cadalso, conmutándosele la pena por la inmediata. Despues de firmar Carlos este papel, y como si temiera el fracaso de la súplica, escribió un *post-scriptum* pidiendo que, á lo ménos, si no deferían los diputados á su ruego tan encarecido, quedara en suspenso la ejecucion de Strafford hasta el sábado siguiente, para dar tiempo al reo de prepararse á morir.

## XXI.

En vano fueron la súplica del padre y la intervencion del niño, pues los tribunales del Parlamento, por no ceder en nada, ni una hora más de vida consintieron al reo; que su popularidad exigia de su ambicion ser inexorables y prontos, para manejar mejor al pueblo é imponerlo con fuerza más incontrastable al Rey. La hermosa condesa de Carlisle, Cleopatra inglesa, de quien Strafford fué amante preferido la época de su grandeza, puso en juego esfuerzos generosos de seduccion para salvar la vida de aquel en cuyo amor cifró su orgullo poco bacía; pero fracasó en la empresa. Sin embargo, como si por ley fatal de su destino debiera Strafford